

GONZÁLEZ, FRAY DIEGO TADEO (1732-1794)

*ODAS*

*DELIO Y MELISA*

MELISA

¿Qué tienes Delio mío? ¿Qué accidente  
en tu rostro el color ha demudado?  
Ayer te vi gustoso y complaciente

gozar de mis delicias, hoy airado  
el semblante, ojeroso y macilento,  
el cabello sin orden desgreñado,

muda la voz, turbado el pensamiento,  
y el lamento a los aires esparcido,  
publica ser extraño tu tormento.

¿Qué nueva pena, dí, te ha poseído?  
cuéntame tu dolor por ver si alcanza  
alivio el mal conmigo conferido.

DELIO

!Ay Melisa! El vivir sin esperanza  
ha causado este trueque tan extraño.  
De tu mudanza nace mi mudanza.

Antimio me ha traído el desengaño  
de que todo tu amor fingido era,  
Antimio me ha sacado del engaño

luego que a pacer vino esta ribera  
con su ganado ayer. ¡Oh suerte impía!  
¡Quién de ti tal mudanza presumiera!

Antes de su llegada yo leía  
En tu semblante toda mi ventura.  
Tu mirar halagüeño me decía:

«Tuya soy, Delio mío»; y con dulzura  
el fuego de tu pecho ponderabas.  
¿Cuántas veces dejaste a la ventura

los amados corderos que guardabas,  
en medio de la siesta amarizados?  
Y luego de la mano me tomabas,

y por los matorrales intrincados  
me llevabas diciendo: «ven conmigo  
tú solo, Delio mío, que sentados

donde el bosque se estrecha en lazo amigo,  
en tanto que seestean los pastores,  
¿cantaremos a solas sin testigo

con gusto y con placer nuestros amores?»  
Testigo es de aquel roble la rudeza,  
que al tiempo hará inmortales tus favores

pasados; pues cediendo su dureza  
de agudo pedernal al golpe fuerte,  
de tu mano escribiste en su corteza

un letrado que dice de esta suerte:  
«Delio: mío has de ser toda la vida;  
tuya será Melisa hasta la muerte;»

¡Ay! cuantas veces a mi cuello asida,  
dijiste: «Ven pastor hacia esta fuente,  
(ya que el tiempo oportuno nos convida)

templaremos de amor la sed ardiente,»  
mas con el trato dulce, y amoroso,  
que con el frío raudal de su corriente.

Juzgábame con esto venturoso,  
pero al llegar Antimio a esta ribera  
de mi pecho faltó todo el reposo.

¡Ay Melisa, Melisa! ¿quién creyera  
en tu pecho mudanza semejante,  
para él alegre, para mí severa?

De Antimio no te apartas un instante,  
en todo al triste Delio le prefieres,

Antimio mira afable tu semblante,

él no vive sin ti, tú sin él mueres,  
tú le sigues do quiera que se ausenta;  
él sigue por do quiera que tú fueres.

Si Antimio va zagüero, luego inventa  
tu amor algún motivo no esperado  
para esperar a Antimio; o desalienta

tu pecho de rendido y fatigado,  
o tal vez imaginas que el cerdoso  
cordel de tus abarcas se ha soltado;

Y dices: «Corre Delio presuroso,  
que en el sembrado se entran las ovejas»,  
y el ceñir esta abarca me es forzoso

en este breve rato que te alejas,  
¿pues qué dirán los dioses si conmigo  
te vieran esta vez? y así me dejas.

Yo en pos de las ovejas luego sigo;  
y vuelvo, y hallo a Antimio en tu presencia,  
de tu acción recatada fiel testigo.

¿Qué dirían los dioses, cuya ciencia  
siempre obstáculo fue de mi ventura?  
Los dioses lo miraron con paciencia.

¿Y qué dijeron, cuando en la espesura  
de esa selva te vieron otro día  
recostada en su pecho sin cordura,

atendiendo a unos versos que leía  
(obra suya que alaba a todas horas)  
versos que en toda métrica porfía,

aunque los cante en voces muy sonoras  
los escuchan con tedio los zagales,  
y los oyen con burla las pastoras?

¡Ay Melisa!, los dioses inmortales,  
si de estas nuestras cosas caso hicieran  
ellos piedad tuvieran de mis males,

tu duro corazón enternecieran,  
tus mudanzas hubieran castigado,  
y mi amor al de Antimio prefirieran.

¿No respondes Melisa? ¿Te ha turbado  
la justa relación de mi tormento?  
¿O no merece Delio desdichado

consuelo en su dolor? ¡Ah! cobra aliento,  
háblame; mas que digas que me engaño,  
y ojalá me dijeras que yo miento.

## MELISA

¡Ay Delio, Delio! ¡Cuánto ve en su daño  
un hombre de los celos afligido!  
Lince al dolor, y topo al desengaño.

A todas tus querellas he atendido,  
y a no ver que el amor te enajenaba,  
me hubiera de tus quejas ofendido.

¿No te dije bien claro que ya amaba  
a Antimio, cuando tú me descubriste  
el incendio que el pecho te abrasaba?

¿En este caso tú no pretendiste  
tener en mi cariño alguna parte  
sin perjuicio de Antimio? No dijiste:

«¡Vivir me es imposible sin amarte!»  
Bien sé que Antimio a ti te amó primero,  
tú de su amor no puedes apartarte.

Amanos a los dos, porque yo quiero  
ser amado de ti con fe sencilla,  
aunque tenga en tu amor lugar postrero.

Entre los dos no habrá jamás rencilla  
contento con su parte cada uno,  
¿serán de amor la nueva maravilla

dos pastores, que amaron de consuno  
a una misma pastora con desvelo  
sin que entre ellos hubiese duelo alguno?

Tú mismo ves que Antimio sin recelo  
te ve participar de mis favores  
sin que por eso forme queja o duelo.

¿Y ahora te quejas de que en mis amores  
logre Antimio la parte que le cabe,  
y a que son sus obsequios acreedores?

## DELIO

No fuera, a la verdad, mi mal tan grave,  
y mi tormento fuera más sufrible  
si esto posible fuera; mas quien sabe

lo que es amor no tiene por posible  
que vivan dos amores en un pecho  
por ser el uno al otro incompatible.

Yo fundo mi razón en mi propio hecho.  
Desde que yo te amé, Melisa mía,  
de todo el corazón te di el derecho.

Las pastoras dejé que antes quería;  
(si bien que de ellas nunca fue sabido  
mi amor) la Inés, la Fabia, y Rosilla,

la Arsenia, cuyo rostro es aplaudido,  
la Julia, y otras mil pastoras bellas,  
por ti sola vinieron en olvido.

Buen testigo son de esto las querellas  
continuas de Fascinia, la envidiosa,  
que tú no puedes menos de saberlas.

Pues sentida de mí, de ti celosa,  
te cuenta con voz triste y lastimera  
mis desprecios, y en esto no reposa.

Yo mi dulce Melisa no creyera  
que te adoraba con amor sencillo,  
si esa mi pecho otro amor caber pudiera.

## MELISA

Mira, Delio, yo tengo un corderillo  
blanco de rojas manchas salpicado,  
cuya madre al dejarle en un tomillo,

murió de un accidente no esperado,  
apliquele a otra oveja, que criaba  
otro de blanco y negro variado.

Al principio la oveja le extrañaba;  
después ya le criaba y le lamía,  
era en fin tanto ya lo que le amaba,

que si por algún caso le perdía  
ansiosa le buscaba con balido,  
de manera que nadie conocía,

ni tú Delio lo hubieras conocido  
con tu mucho saber, y tu experiencia,  
cual era de los dos el más querido.

#### DELIO

¡Ay triste! que aunque estando en tu presencia  
tal vez pueda creer que soy amado  
de ti; ya llegó el tiempo de mi ausencia.

Pues Arsenio a quien sirvo ¡ah triste hado!  
Me ha enviado a decir que sin tardanza  
amenace hacia el Tormes el ganado,

y temo con razón que esta mudanza  
en tu pecho resfríe mis amores,  
y en el mío dé fin a la esperanza.

#### MELISA

Antes producirá el diciembre flores  
en los prados; y el julio las corrientes  
suspenderá con hielo; y los olores

del tomillo y romero florecientes  
huirá la docta abeja; y harán lecho  
en las hojas del fresno las serpientes;

y no florecerá el ingrato helecho  
en esa nuestra selva umbrosa y fría;  
que falten tus amores de mi pecho.

## DELIO

Y antes la fiebre tímida a porfía  
siguiendo en pos del galgo irá con saña;  
y el Tíber que por Roma el paso guía,

la corte bañará de nuestra España;  
y olvidando sus huertos y verdores  
el Ebro correrá por la Bretaña,

y la cierva sedienta en los calores  
olvidará la cristalina fuente;  
que falten de mi pecho tus amores.

Y pues es ya forzoso que me ausente  
este favor por último te pido;  
que siempre en tu memoria esté presente.

Yo viviré muy triste y afligido  
sin tu dulce presencia; mas la pena  
con mis versos templar he discurrido,

que ya sabes Melisa, tengo vena,  
y no hay uno entre todos los zagales  
que me exceda en cantar con dulce avena.

Yo te los enviaré porque mis males  
logren alguna vez enternecerte,  
y si place a los dioses inmortales

las veces que yo pueda vendré a verte,  
y te traeré manzanas olorosas.  
¡Ay! quiera el cielo que en dichosa suerte

en estas nuestras selvas deleitosas  
los tres vivamos siempre en lazo amante,  
gozando edades largas venturosas,

que aunque a los dos yo en años adelante  
la cana en mi cabello aún no es nacida,

ni surca la honda ruga mi semblante.

Y si tú nos excedes en la vida,  
honra con un sepulcro nuestra muerte,  
bajo una losa do será esculpida

de acerado cincel a golpe fuerte,  
(si es que tienes valor para escribirla)  
una letra que diga de esta suerte:

«Aquí yace de amor la maravilla,  
dos pastores que amaron de consuno  
a una misma pastora con desvelo,  
sin que entre ellos hubiese duelo alguno.»

*ODA*

*A las nobles artes*

Levanta ya del suelo  
el rostro, lagrimoso  
virtud, hija del cielo, don divino,  
y recobra el consuelo,  
que ciego y alevoso  
te robó el ya pasado desatino,  
que el áspero camino,  
por do sigue la gloria,  
y a tu morada guía  
emprenden a porfía  
mil jóvenes, borrando la memoria  
del vil ocio indolente  
en que yaciera la española gente.

De tu rara belleza  
más que del prometido  
rico tesoro, el ánimo aguijado,  
sacude la pereza,  
y el siglo corrompido  
que el honor de tus artes ha manchado,  
con gusto depravado,  
condena; y redarguye  
los pasados errores  
con mil bellos primores  
que el usurpado honor las restituye,

y ofrece a los umbrales  
de tu templo mil obras inmortales.

Bien como el pequeñuelo  
grano, que cuando nace,  
no bien el pico llena a la avecilla,  
y el palestino suelo  
robusto árbol le hace  
después, do anida de aves gran cuadrilla,  
(¡oh rara maravilla!)  
así las diseñadas  
obras menudamente  
por la asociada gente  
en breve carta tienen encerradas  
grandeza cuya suma  
no la alcanza la lengua ni la pluma.

De la madre natura  
los seres desmayados  
a más sublime estado los levantas  
¡oh divina pintura!  
y al lienzo trasladados,  
instruyes la razón, la vista encantas,  
y así el aire suplantas  
de la verdad que imitas,  
que con los coloridos  
por su mano ofrecidos  
también el ser parece que la quitas,  
tanto que si advirtiera  
la usurpación colores no te diera.

En superficie lisa  
sin que causen aumento  
colocar valles, montes, selvas, ríos,  
a distancia precisa,  
acción sin movimiento;  
fondos, lejos, alturas, y vacíos,  
la mar de sus navíos  
separar, y la tierra  
del globo refulgente  
y sombra que la luz nunca destierra,  
jamás logró natura;  
¡sólo es don tuyo celestial Pintura!

A golpes repetidos  
de acero riguroso,

o al vivo fuego sueltos los metales,  
y en moldes oprimidos,  
(que al varón virtuoso sólo  
pueden labrar trabajos tales)  
¡obras tus inmortales  
efectos o escultura!  
Por ti son conservados  
los héroes celebrados,  
de la virtud cuando la muerte dura  
los reduce a ceniza,  
y tu diestro cincel los eterniza.

La ninfa desdeñosa  
en leño convertida  
huyendo del amor de Apolo ardiente  
con acción prodigiosa  
recobra nueva vida  
por la escultura, y mano diligente,  
que poderosamente  
también anima el bruto  
mármol con igual arte  
en que un día Anaxarte  
fue mudada por ver con ojo enjuto  
a su puerta colgado  
al mancebo de Cipro mal hadado.

Bajo el olmo frondoso,  
o en la caverna oscura,  
o en choza humilde el hombre habitaría,  
sin tu auxilio piadoso,  
¡oh sabia Arquitectura!  
Tú le elevas al cielo, y la vacía  
región, que no podía,  
huella con firme planta.  
Tú fundando ciudades,  
fijas las sociedades.  
Por ti el regio palacio se levanta  
a dar cuidado al cielo  
y eterno peso al carpentano suelo.

Al dios que tierra y cielo,  
ni espacio imaginable  
pueden ceñir, en todo ilimitado,  
tú con devoto celo  
y mano infatigable  
eriges templo augusto, do adorado

del pueblo ante él postrado,  
recibe sacrificio;  
¡ah! el que en verdad le implora,  
le encuentra a toda hora  
en él tan amoroso, tan propicio,  
liberal y clemente  
como si allí habitara solamente,

incauta lira mía  
sólo a humildes cantares  
en la margen del Tormes avezada,  
¿Quién te infundió osadía  
para que en Manzanares  
cantes cosa tan nueva y elevada?  
¡Ay! deja la empezada  
locura, que no es dado  
a tus débiles puntos  
tratar estos asuntos,  
y más cuando hasta el cielo los ha alzado  
con verso más divino  
de otras liras el canto peregrino.

### *ODA*

#### *Historia de Delio*

(A Jovino)

Jovino descendido  
de claros y altos reyes,  
que del bárbaro yugo redimieron  
al fiel pueblo oprimido,  
y las sagradas leyes  
juntas con el imperio defendieron,  
y lejos lo extendieron,  
Jovino, nueva gloria  
del cántabro animoso,  
del romano orgulloso  
viejo enemigo de fatal memoria;  
a servir no avezado  
y con tarda cadena domeñado.

Jovino, gloria mía,  
Jovino, mi Jovino,

(nombre en mi boca, cual la miel sabroso)  
si mi ofrenda tardía  
te puede hallar benigno,  
y el nombre de quien fue tan desidioso  
aún no te es enojoso;  
recibe su retrato  
(del tuyo, ¡ay! ¡cuán distante!)  
que explica lo bastante  
de su origen, sus prendas, y su trato,  
y vida mal gastada  
con eternals lágrimas llorada.

De los que en la ribera  
del Duero con fatiga  
rompen con corvo arado el duro suelo,  
(ocupación severa  
que la culpa enemiga  
al hombre diera con el llanto, y duelo)  
de tales plugo, al cielo  
que fuese provenido  
mi padre bien hadado,  
civilmente empleado,  
de bienes y virtud abastecido,  
tan dulce y bondadoso,  
que en él tuvo Temisa digno esposo.

Temisa, asombro raro  
de virtud, y hermosura,  
ninfa del Tormes; aunque descendía  
de donde el Ebro claro  
tiene su cuna pura,  
y nace voluntaria la hidalguía;  
pero la Parca impía  
con temprana tijera  
cortó el hilo precioso,  
y mientras el esposo  
dio al cadáver la honra postrimera  
con triste llanto, y luto,  
el hijo lo miró con rostro enjuto.

Así que tierno niño  
Temisa me dejara  
al cuidado del padre, en quien vivía  
de la esposa el cariño,  
porque no me faltara  
cuanto a la tierna edad se le debía.

y allí en la patria mía,  
que los fuertes Vectones  
Mirobriga llamaron,  
los dioses me miraron  
con piedad, y de sus sagrados dones  
me dieron bien sin cuento,  
pero más voluntad, que entendimiento.

Antes que el nuevo día  
de la razón rayase  
sobre el ánimo incauto, ya Cupido  
conquistado tenía  
el pecho en que reinase  
con más imperio que su madre en Guido.  
Y yo cruelmente herido  
al cielo alcé mi ruego  
bañado en largo llanto,  
sin que diluvio tanto  
pudiera amortiguar el dulce fuego  
que la vista primera  
de la honesta Melisa en mí encendiera.

La de los negros ojos,  
la de luengas pestañas

sin par hermosa, y a la par discretas  
causadora de enojos,  
de asaz duras entrañas  
que de amor no domó cruda saeta.  
A tal fiera sujeta  
el ánimo, y rendida,  
amaba tiernamente,  
amaba ardientemente,  
amaba sin templanza, y sin medida,  
amaba en fin de modo  
que aún hora el recordarlo tiemblo todo.

De tal fuego agitado  
sin que a Apolo debiera,  
numen, ni inflamación, canté amoroso,  
y a la sombra sentado  
en la fresca ribera  
del Águeda Serrano cascajoso,  
cantaba sin reposo,  
y cantando juzgaba  
conquistar la sirena,

que a triste llanto, y pena,  
sin cantar ni aun hablar, me condenaba,  
y en tamaña tristura  
de mi edad paso toda la verdura.

Mas vino un claro día,  
en que piadoso el cielo,  
se dignó poner fin a mi locura,  
y a la tierra venía  
con dulce y raudo vuelo  
la común hija llena de hermosura,  
la santa Themis pura  
de mis daños cuidosa;  
que cual nieto me amaba,  
y junto a do yo estaba  
se llegó, y con voz todo poderosa,  
mirándome severa,  
me comenzó a decir de esta manera:

«¡Oh! ¡Joven sin sentido!  
¿Cómo con torpe hecho  
resistes los decretos celestiales?  
No te fue concedido  
el amoroso pecho  
para centro de amores terrenales;  
huye de tantos males,  
mejor destino sigue,  
la errada vida enmienda,  
y emprende la ardua senda,  
por do la gloria heroica se consigue.  
Sus, acógete, Delio,  
al templo augusto del famoso Aurelio.»

Dijo, y alzó su vuelo,  
y mirándome afable,  
volvióse al seno de do había salido,  
dejando de consuelo  
de gozo, y paz durable,  
y santo amor el tierno pecho henchido,  
y el fuego que Cupido  
con imperio tirano  
allí encendido había,  
vuelto en ceniza fría.  
Y yo atento al precepto soberano,  
de la diosa clemente  
el oráculo cumplo prestamente.

¡Oh, si no se entibiara  
en el pecho mezquino  
el alto fuego de que fue inflamado!  
Quizá mi voz sonara  
en cántico divino  
sobre el Tabór, o el Gólgota sentado.  
Pero aunque a son sagrado  
de la cítara mía  
las cuerdas arreglaba,  
y a veces las mudaba  
amores solamente respondía;  
y así canté de amores  
sin sentir de Cupido los rigores.

Ya el astro luminoso  
en la sañuda frente  
del león veinte veces ha tocado,  
y el rústico oficioso  
con acerado diente  
otras tantas su seca mies cortado,  
desde que recostado  
en sus vastos oteros  
me oyera el sabio Henares  
amorosos cantares,  
y celebrar los hijos de Cisneros  
en su más alta gloria.  
¡Ay! ¡cuanto me atormenta esta memoria!

Allí, aunque sin cuidado,  
canté la donosura  
de Julia ninfa humilde del Henares,  
en quien Venus ha dado,  
cifrando la hermosura,  
breve causa a larguísimos pesares.

También en mis cantares  
de otras mil ninfas bellas,  
que aquel suelo habitaban,  
los nombres resonaban,  
pero la más loada en todas ellas

era la Gumersinda,  
ninfa tan desgraciada como linda.

Después bajo otro cielo

canté de la divina  
Mirta la honestidad, y la fe rara,  
y así por todo suelo  
mi cítara mezquina  
eternamente amores resonara  
si ayer no la arrojara  
con ira de mi pecho  
al Tormes que iba hinchado,  
turbio y apresurado,  
justamente movido a tanto hecho  
de leer cuidadoso  
de Jovino el ensueño prodigioso.

¡Oh! ¡Sueño peregrino!  
¡Oh! ¡Asombro lastimoso!  
¡Oh! ¡Verdad disfrazada sabiamente!  
¡Oh! ¡Soñador divino!  
¡Oh! ¡José misterioso!

Tú enseñas, tú reprendes dulcemente.  
Tú poderosamente  
el sueño sacudiste  
en que siempre yacieran,  
y sin gloria murieran

Batilo, con Liseno, y Delio triste.  
Más sabes tú soñando,  
que todos tus amigos afanando.  
¡Oh! si la muy ligera  
rueda trajera el día  
feliz, en que los máximos honores  
al gran Jove te diera  
de nuestra monarquía,  
nacido para cosas muy mayores!  
Entonces tus loores  
en verso numeroso  
Delio ledo cantara,  
y al cielo levantara  
el nombre de Jovino, y el dichoso  
día tan deseado  
fuera con blanca piedra señalado.

Cuando con soberana  
gloria muy semejante  
al soñador divino del oriente,  
la gente carpentana

te reciba triunfante,  
y doble la rodilla reverente,  
tras el carro luciente,  
siguiendo irán gozosos  
Batilo, con Liseno,  
Delio de gloria lleno,  
conquista de tus versos poderosos,  
¿pues qué mejor destino  
que ser los tres el triunfo de Jovino?

### *ODA*

¿Por qué tan riguroso,  
político severo  
tuerces con ceño el rostro, y ofendido  
repites desdeñoso  
con ademán grosero  
el coax de la rana desabrido;  
porque Celia, cumplido  
un lustro solamente,  
para ser educada  
del seno es separada  
maternal, y cual víctima inocente  
llevada a la clausura  
¿que tú juzgas eterna sepultura?

Eterna sepultura  
donde en perpetuo olvido  
sus gracia, yacerán; pues el estado  
del claustro por ventura  
le será persuadido,  
o cuando deje el claustro, ¿qué ha logrado  
no habiéndola enseñado  
la sabia economía,  
que a la mujer abona  
y la forma matrona,  
a quien una familia se confía?  
Difícil y útil ciencia,  
que sólo da el ejemplo, y experiencia.

Y tal vez preocupada,  
en nimias devociones  
coloca la esperanza de ser buena,  
la carga abandonada

de sus obligaciones  
lo que la pura religión condena,  
o bien se desenfrena  
y sigue sin medida  
los mundanales gustos  
y placeres injustos  
a que por tanto tiempo fue impedida,  
cual río represado  
que el obstáculo puesto ha derrotado.

¡Oh! Cuán enormemente  
de la razón te alejas,  
político, juzgando desdichada  
a Celia la inocente,  
que sin duelo, ni quejas  
del corrompido mundo separada,  
viene a ser cultivada,  
como oliva preciosa  
entre abrojos nacida,  
que de ellos dividida  
y trasplantada a tierra deliciosa,  
paga después tributo  
dando a su tiempo el sazonado fruto.

El fruto sazonado;  
merced de la cultura  
que en este santo asilo se propone,  
donde el primer cuidado  
es enseñar la pura  
religión, que es la regla que compone  
el corazón, y pone  
al apetito freno,  
y forma las matronas  
que tú en vano blasonas  
obra de un siglo de desorden lleno,  
que mal a otros arregla  
quien el propio interior tiene sin regla.

Maestras ilustradas  
cual aquí se prometen  
a Celia dictarán en sus lecciones  
las acciones sagradas  
que alentado competen,  
condenando las falsas devociones  
con las supersticiones.  
Y si allí persevera

Celia el tiempo bastante,  
será ejemplo constante  
de que la piedad sólida y sincera  
siempre se ha conciliado  
con el bien verdadero del Estado.

Maestras permanentes  
al sumo bien ligadas  
con triple indisoluble ligadura,  
a las tiernas clientas  
para ser educadas  
el bien les fijarán de la cultura.  
Ni la pasión impura,  
ni el interés grosero,  
ni el capricho variable  
de libertad inestable,  
tendrán jamás entrada en el esmero  
de una sabia enseñanza  
virtuosa, gratuita, y sin mudanza.

Aquí halla la nobleza  
ventajosa acogida  
a costa de un dispendio moderado,  
y la humilde pobreza,

con amor recibida  
es también educada con agrado  
aquí logra el estado  
seminario profundo  
de maestras formadas,  
que después separadas  
esparcirán la fama por el mundo  
de un establecimiento  
gloria de nuestro siglo, y ornamento.

*ODA*

*A la muerte de don José Cadalso*

Vuela al ocaso, busca otro hemisferio  
baje tu llama al piélago salobre  
délfico numen, y a tu luz suceda  
pálida noche.

Manto de estrellas el Olimpo vista,  
su gala oculten pájaros y flores,  
sombras, y nieblas pavorosas  
cubran valles y montes.

Brinde Morfeo delicioso néctar,  
llene el silencio el ámbito del orbe,  
no breme el bóreas rápido, ni el blando  
céfiro sople.

Voz embarace fúnebre los vientos,  
y de Heracles la soberbia mole  
gima espantosa, cuando los acentos  
eco redoble.

Murió Cadalso atónita repita  
las ocho hermanas tímidas entonces  
de Melpómene sigan asustadas  
pasos, y voces.

Por la mejilla aljófares desciendan  
nuevos suspiros el aliento forme  
libre el cabello por la blanca espalda  
vague sin orden.

Cerquen después el túmulo oficiosas,  
cúbranle luego de fragrantas flores,  
bálsamos quemén, reverentes humos  
suban a Jove.

No en tiernos ayes Ericina Venus  
con mayor causa, espíritu más noble,  
ni más angustia, sienta la temprana  
muerte de Adonis.

Que el clamor vuestro, Piérides divinas,  
en son funesto, que las auras rompe  
llore a Cadalso, a quien amaron siempre  
tanto los dioses.

Cántenle dulces míseras elegías,  
o bien endechas lúgubres entonen,  
o bien en nuevos sáficos cadentes  
digan acordes.

Genio divino, cuya dulce lira

siendo embeleso de la Ibera corte,  
del Manzanares, náyades atrajo  
margen, y bosques.

¿Adónde estás, que en soledades tristes  
yace el Parnaso, ni Hipocrene corre,  
ni Aonia florece, ni el Pegaso vuela,  
dinos adónde?

Pluma facunda, reluciente acero,  
a nuestras finas súplicas responde,  
¿Qué hizo Minerva de tus altas glorias?  
¿Qué hizo Mavorte?

Calpe inhumana, rigurosa Calpe,  
no cruel dirijas belicoso choque  
contra una vida que apreciar supieron  
númenes, y hombres.

Parto de Juno, morador de Lemnos,  
de Cítarea tétrico consorte,  
nieve del Etna cubra tus  
incendios abrasadores.

Rey de los vientos, Eolo, que enfrenas  
el Noto, el Euro, el rígido Apeliotes,  
para en tu imperio la volante muerte  
frustra su golpe.

Y tú, hija cruel de Erebo, y la sombra  
haz que sus filos tu segur embote,  
no el vital hilo, o Atropos, tan presto  
pérfida cortes.

Tristes anhelos, malogrados ayes,  
quejas sin fruto, inútiles clamores,  
¿Qué raptos os lleva, qué furor os dicta  
tales razones?

¿Cuál es el rumbo que tomáis en vano  
si el mar airado, obscurecido el norte,  
yerto el piloto, denegado el puerto,  
nadie nos oye?

Murió Cadalso. Decretolo el cielo;  
el cielo manda a Lachesis le robe,

y aquella eterna voluntad no es fácil  
que se revoque.

Ya Libitina de ciprés funesto  
ciñe la frente, y dirigido el orden  
de marcial pompa gime en uno y otro  
trágico mote.

Nosotras, pues, en apacible coro  
entonaremos su alabanza; cobre  
tales tributos el que dio a Castalia  
tanto renombre.

Dulces amores deban sus cenizas,  
que de Artemisa la fineza doblen,  
a las que en vida le debieron siempre  
dulces amores.

De sus estudios, de su rica vena  
jamás el tiempo la memoria borre,  
tal no permitas ¡oh! de la alma Venus  
cándida prole.

Entonaremos en las altas cumbres  
templos, convites, sacras lustraciones:  
murió Cadalso, muerte de los héroes  
triunfe su nombre.

Entonaremos que la amable vida  
dio por la patria, cuyo honor pregonen  
émulos nuestros, alabastro, jaspe,  
mármol, y bronce.

*ODA*

*A Liseno*

¿Por qué te das tormento  
Liseno si te ha dado el cielo santo  
el mirar el portento  
que al Tajo pone espanto  
y a sus lasos renueva el sabio canto?

Dichoso y bien hadado  
quien logra ver de Lisi la luz pura,  
do con modo no usado  
la gran madre natura  
cifró el numen la gracia y hermosura.

Ver el rostro halagüeño  
donde mora el agrado de contino,  
y nunca el negro ceño,  
ni otro vapor malino,  
alteró lo sereno y cristalino.

Y aquel hablar sabroso,  
entre carmín y perlas fabricado,  
correr cual el precioso  
raudal recién formado  
sobre las puras guijas deslizado.

¡Oh! no ya ingrato al cielo,  
torna oh caro Liseno en tu cordura,  
recobra tu consuelo  
y deja la tristura  
al mal hadado Delio y sin ventura.

¡Ay! ¡si entre tantos males  
me fuese como a ti te es concedido  
el ver los divinales  
ojos donde Cupido  
reina más fuerte que su madre en Gnido!

Dejando mi ganado  
del Tormes argentado en la ribera  
de el dulce bien llevado  
por do quiera que fuera  
como la sombra al cuerpo la siguiera.

O ya por la espesura  
al ciervo con saeta fatigara;  
o ya en la margen pura  
del Tajo se sentara  
y su voz en las aguas resonara.

Del canto suspendido  
viviera de mis daños olvidado,  
puesto el atento oído  
al son dulce acordado

del plectro sabiamente moneado.

ODA

*Al pensamiento*

Cesa ya pensamiento,  
cesa siquiera un rato  
de aumentar mis temores  
con proponer mis daños.

Deja de repetirlo,  
que ya tengo notado  
ser propia la mudanza  
de todo bien criado.

Ya sé que el sol hermoso  
con círculo diario  
si brilla en el oriente  
se ofusca en el ocaso.

Ya de la luna bella  
de advertido en los cuartos  
crecientes y menguantes  
alientos, y desmayos.

Sé que a la primavera  
sigue el seco verano,  
y la noche funesta  
al día alegre y claro.

Y aun sé que aquestas cosas  
(¿cómo podré negarlo?)  
son imagen muy viva  
del bien que yo idolatro.

¿Mas qué ventajas logro  
de lo que yo te alargo,  
si las copia en lo bello,  
no en lo mudable y vario?

Es sol, mas siempre fijo,  
es luna sin desmayo,  
es primavera eterna,

es día perpetuado,

pues cesa, pensamiento,  
cesa siquiera un rato  
de aumentar mis temores  
con proponer mis daños.

Que siendo de constancia  
Mirta, prodigio raro,  
ni ella puede mudarse,  
ni yo puedo pensarlo.

### *ODA*

Oda de don Manuel Pedro Sánchez Salvador en la  
sensible muerte de su amigo el dulcísimo Poeta Fr. Diego  
González

### *Sáficos*

Luego cerrados con silencio eterno,  
yacen los labios del amable Delio,  
¡los dulces labios y de ambrosía, y néctar  
antes bañados!

Ya los acentos de su blanda lira,  
que el mismo Apolo con rubor oyera,  
¿nunca en mi prado, tanto dél querido,  
sonarán dulces?

Las breves horas, que gocé a tu lado,  
breves ¡ay! tanto, como venturosas,  
sin ti, mi Delio ¿qué serán? Tormento,  
llanto y fatiga.

Aquí las flores, que arregló tu esmero,  
los verdes troncos, que te dieron sombra,  
y hasta la fuente con murmurio ansioso  
te están llamando.

Aquí algún día ¡qué dichoso tiempo!  
La diestra lira dabas a mi mano,  
y aquí ensayaste mi cobarde musa  
la vez primera.

Mas ¿quién podría tu sublime vuelo  
seguir altivo, sin quedar burlado?  
Cuanto animaba tu amistad, negaban  
tus dulces versos.

Eras mi apolo, y en el pecho mío  
era el influjo, con mayor dulzura,  
el amor tierno, que feliz gozaba,  
y hoy pierdo triste.

¡Oh! ¡sí, cual suele rueseñor quejoso  
viudez amarga lamentar suave,  
el dolor sumo de tu ausencia fiera  
cantar pudiese!

Mas ¡ay! el arte cede mi tormento,  
y yo, que niño huérfano, y sin guía,  
tomo la lira, y al pulsar tus cuerdas,  
me anega el lloro.

Esta es la lira, con que alzar supiste  
de modo el canto, que imitar pudiera  
de Luis divino, del anciano padre  
los dulces ecos.

Cantando en ésta ya el ameno valle,  
ya a Mirta bella, y su ciudad () amada  
el sacro Apolo concedió a tus sienas  
laurel eterno.

Luego abrasado de un ardor divino,  
la voz sencilla gravedad cobrando,  
émulo digno del profeta () cantas  
de Dios loores.

Cantas del hombre (), y en edad diversa  
vicios combates con rigor amable;  
Mas ¡ay! ¡vivieras, y tu ejemplo solo  
más enseñara!

Pero anegados en amargo llanto  
mis tristes ojos llorarán sin fruto,  
mientras mi Delio más dichosos prado  
gozoso habita.

Ya cuanto un día mis delicias era  
de horror me cubre; y al dolor, parece,  
que aún este prado, de mi amor testigo,  
tu muerte llora.

Sola tu vista derramó alegría,  
sola tu ausencia causará tristeza,  
y hasta la lira mi consuelo un tiempo,  
ya estará muda.

Entre las ramas del ciprés erguido  
quede, pues Delio ya mi voz ni escucha,  
y allí las penas, y el silencio imite  
del triste dueño.